

LEYENDA NEGRA Y LEYENDA ROSA

José Checa Beltrán

En enero de 2009, un grupo de investigadores de distintas universidades y centros de investigación comenzamos a trabajar en un proyecto sobre *lecturas del legado literario-cultural español* en la Europa del siglo XVIII. La historiografía tradicional ha subrayado la vigencia y circulación de la “leyenda negra” antiespañola en la Europa ilustrada. Sin compartir la sistematicidad y universalidad de esas lecturas negras sobre España, este grupo de investigación adoptó como hipótesis de trabajo que, junto a las lecturas negativas, existió entonces en el continente una corriente de pensamiento que debía de reconocer la aportación española a la literatura y cultura universales. Tres años después, y tras el análisis de un buen número de textos europeos del siglo XVIII, podemos confirmar la existencia de una corriente de “lecturas rosa”, favorable a España.

Por otra parte, como subtítulo de dicho proyecto hicimos figurar tres conceptos, *canon, nacionalismo e ideología*, que, a nuestro juicio, podrían haber marcado esas “lecturas” del título. Algunos trabajos de este volumen confirman que esos tres elementos condicionaron los juicios que los letrados europeos del siglo ilustrado hicieron sobre España y su aportación histórica a la cultura occidental.

En el primer capítulo de este volumen, el profesor Pérez Magallón reflexiona sobre las implicaciones de la llamada “leyenda negra”, la identidad nacional y el nacionalismo. Los cambios en la situación geopolítica de la Europa occidental determinaron que desde mediados del siglo XVII la propaganda antiespañola ya no busca atacar a la mayor potencia de esa zona, sino a una país que se encuentra en la periferia

de una Europa moderna en vías de construcción. De ahí que en el siglo XVIII los ataques europeos a España se concentren en su atraso, ignorancia y rechazo al progreso y a la modernidad. Ello determinó que los letrados de nuestro país redactasen una serie de escritos sobre España, autoapologéticos o autocríticos, que constituyeron la base de un “programa” nacional de futuro.

Las opiniones acerca de la literatura española en la polémica que, sobre el barroco, sostuvieron autores franceses e italianos (casi todos jesuitas) a comienzos del siglo XVIII es el tema del capítulo redactado por el profesor Garrido Palazón. La hegemonía española en Europa, definitivamente perdida en el ámbito político durante la segunda mitad del siglo XVII, desapareció igualmente en la dimensión simbólica y cultural. Aquella hegemonía intelectual detenida por Italia durante el Renacimiento y por España en su Siglo de Oro pasó entonces a Francia. Los franceses fueron depurando la imagen propagandística del “Siglo de Luis XIV” y estableciendo una influyente oposición entre el buen gusto francés y el mal gusto español e italiano. La “galicanización del gusto” planteada por Bouhours en 1687 (también por Boileau y Rapin, entre otros), y la consiguiente descalificación de españoles e italianos, generó una réplica italiana, determinada por una epistemología tan racial como la de sus adversarios franceses. No hubo respuesta española en aquellos años de principios del XVIII, marcados por la guerra de Sucesión. Camillo Etti, Gian Gioseffo Orsi, Girolamo Baruffaldi, Ludovico Antonio Muratori y Gravina, principalmente, respondieron a los franceses reflexionando sobre el *proprium* de la poesía, defendiendo la tradición poética italiana y declarando la opinión que los italianos tenían sobre la poesía española y su “agudeza de ingenio”, mostrándose tíbiamente favorables o desfavorables a España, indiferentes o, fundamentalmente, neutrales.

Siguen dos capítulos dedicados a la recepción de España en Francia. La profesora Étienvre revisa el tópico historiográfico sobre las lecturas de los filósofos franceses acerca de España, supuestamente muy negativas. Lo primero que llama la atención es que tanto Montesquieu como Voltaire prestan mayor atención a la España americana que a la peninsular. Dicho esto, la visión de los dos autores franceses sobre España es, en efecto, muy crítica cuando se enjuicia el papel de la Inquisición y ciertos episodios del pasado político español, sobre todo la colonización de América (a pesar de ello, para Voltaire la

conquista fue cruel pero también heroica e inteligente por parte española). Pero, si bien estos juicios son severos, sus lecturas sobre España buscan, en el caso de Montesquieu, hallar principios teóricos sobre la economía, el comercio y el “carácter” de las naciones, además, por supuesto, de criticar cáusticamente la intolerancia religiosa y la mentalidad de los españoles. Voltaire, más historiador que teórico, demuestra una mejor información sobre España, sus juicios son bastante ecuanímenes y es capaz de elogiar el legado español —también el cultural— cuando corresponde, a pesar de su desinterés por la España contemporánea, todavía fuertemente inquisitorial. Si a lo dicho se añade que otros filósofos, como Diderot y Rousseau, nunca hablaron de España, debe concluirse que la maledicencia de Masson de Morvilliers fue un caso extremo en el ámbito “filosófico”.

El segundo capítulo sobre Francia ilustra textualmente que, efectivamente, aquellos tres conceptos que identificábamos como hipótesis de trabajo — canon, nacionalismo e ideología— condicionaron las lecturas francesas sobre el legado español. En este trabajo, mío propio, se desvela, además, cómo en la Francia dieciochesca existió una red de letrados interesados en establecer canales de comunicación con España y en postular el valor de la aportación española a la cultura occidental. Se muestra, así, que en el siglo XVIII francés no solo hubo ignorancia y desprecio de la cultura española, tal y como la historiografía tradicional ha defendido mayoritariamente, sino que también hubo intelectuales interesados en estrechar las relaciones culturales franco-españolas y en reivindicar el papel histórico de España. Frente a los “philosophes”, quizás más críticos con España, este otro grupo de letrados pertenecían a un pensamiento más conservador, aunque ni mucho menos reaccionario. Se corrobora de esta manera el papel de la ideología en los juicios de unos países sobre otros: los “philosophes” franceses no podían “leer” positivamente a una España supuestamente anclada en el pasado y todavía dominada por la Iglesia y la Inquisición. Por el contrario, era lógico que los intelectuales políticamente moderados vieran con mayor simpatía a una España que no participaba de las radicales ideas filosóficas que triunfaban en Francia. En ello podría radicar, en parte, su visión positiva sobre el legado literario-cultural español —determinada también por la alianza diplomática franco-española—, atenuada en ocasiones por cuestiones nacionalistas o estéticas.

El profesor Fabbri y la profesora Garelli centran su investigación en el ámbito italiano. Fabbri pasa revista a las polémicas italo-españolas en las que se discutía sobre el origen del mal gusto barroco. El imaginario italiano estaba contaminado negativamente por la huella que el dominio político español había dejado en territorio italiano. De esta manera, a finales del setecientos se reforzó en Italia la idea de la culpabilidad española sobre el origen del mal gusto. Las respuestas a este tipo de lecturas italianas (sobre todo de Tiraboschi y Bettinelli) fueron redactadas por jesuitas españoles exiliados en Italia. Las de Llampillas y Masdeu tuvieron poco éxito en Italia, debido a su posición excesivamente apologética y nacionalista. Sin embargo, Juan Andrés, que hizo una convincente, moderada e imparcial defensa de la imagen de España, mereció el reconocimiento de la intelectualidad italiana. El profesor Fabbri estudia también a Giambattista Conti, que tradujo y divulgó en su país la obra de los mejores líricos españoles. Andrés y Conti demostraron que los tópicos antiespañoles estaban basados en el desconocimiento del legado español. Sus propuestas favorecieron la conclusión de una querrela literaria larga y estéril.

La profesora Garelli ilustra con una amplia documentación la producción dramática en italiano de los jesuitas españoles exiliados en Italia. Son obras compuestas a finales del siglo XVIII, un teatro laico, "democrático", centrado en los problemas más actuales de la época, relativos a la vida privada y pública de los ciudadanos. Gracias a su posición ideológica, moderadamente ilustrada, alejada de la que dominó en el teatro barroco español del Siglo de Oro, aquellas creaciones tuvieron una buena acogida pública y contribuyeron a rectificar los prejuicios y valoraciones negativas que la Italia del siglo XVIII mantenía aún sobre el teatro español.

Las profesoras Cantarutti y Ruzzenenti se ocupan de la recepción del legado español en Alemania. El autor elegido es Bertuch, empresario cultural, traductor del *Quijote* y del *Fray Gerundio*; gracias a él, Weimar se convirtió en un centro mediador de la cultura española en Alemania. Su *Magazin der Spanischen und Portugiesischen Literatur* (1780-1782) intentó dar a conocer en su país la literatura española, "tan estimada y seguida" en la Alemania de los siglos XVI-XVII, aunque bastante desconocida en el siglo ilustrado. Pero este capítulo no se limita al *Magazin* de Bertuch y a la relación germano-española, sino que ilumina una compleja red de relaciones entre intelectuales de distintos

países europeos y ofrece una rica mina de datos inéditos sobre traducciones, sinergias y autores que operaban en la Europa del siglo XVIII. En esa red, la anglofilia de los ilustrados alemanes —muchos de ellos, masones— favoreció su hispanofilia.

Incorporamos en este libro un interesante capítulo sobre la recepción de la cultura española en Rumanía, un país sobre cuyas relaciones culturales con España sabemos muy poco. La profesora Sâmbrian, experta en esta línea de investigación, ofrece datos inéditos sobre la presencia española en la Rumanía del siglo XVIII. Una presencia que viene de atrás, pero que en la época de la Ilustración adquiere una dimensión más profunda. Lo comprobamos gracias al estudio de las bibliotecas de Constantin Cantacuzino y del Museo Brukenthal —ambas con un significativo número de libros españoles— y gracias al análisis de las traducciones al rumano de libros españoles. La profesora Sâmbrian completa su aportación con unas reveladoras páginas sobre el primer lexicon rumano, cuyo autor fue el español Hervás y Panduro.

El profesor Miguel Ángel Lama ha centrado su contribución en el ámbito de la lírica. Con diferentes ejemplos, sostiene que la imagen de la poesía española en la Europa del siglo XVIII coincidía con la defendida en las antologías sobre ese género publicadas en España. Los antólogos españoles tuvieron como objetivo primordial seleccionar los mejores poetas españoles así como sus mejores obras; pero su finalidad no fue solo la de darlos a conocer en España, sino exportar esa selección al extranjero. En efecto, en los paratextos de dichas antologías se constata que entre los fines de sus autores figura el de corregir la visión que de la literatura española tenían los extranjeros. El profesor Lama, así pues, estudia la recepción de los líricos castellanos en varias publicaciones españolas y europeas y ofrece un útil cuadro sinóptico sobre la presencia de esos poetas en las referidas colecciones.

Las controversias entre naciones que se producen a lo largo del siglo XVIII no se libraron únicamente en los campos de batalla o en la competencia entre grandes producciones artísticas y literarias. Sobre ello trata el trabajo del profesor García Lara: una literatura secundaria o paraliteratura, escrita al mismo tiempo que aquellas otras reconocidas como canónicas y dedicada en principio a la lectura privada, fue abriéndose paso de lo privado a lo público, alimentando un influyente imaginario sobre la identidad española. Confluyendo unas veces y confrontándose otras, las cartas, relatos de viajeros, enciclopedias, tratados geográficos

o científicos, etc. esperan su turno para completar el contradictorio recorrido de la imagen de España en los demás países europeos.

Finalmente, incluimos un capítulo que transgrede geográficamente el título de este libro, pero cuya inclusión confiere a este volumen un valor añadido: el trabajo de la profesora Martínez Luna trata sobre la recepción de la cultura literaria española en una España, la trasatlántica, que muy pronto va a dejar de serlo. El capítulo sobre el *Diario de México* pone de manifiesto las consistentes influencias que la Nueva España recibe de la metrópoli, pero también la peculiar adaptación que hace de ellas. Sin negar la presencia de las autoridades intelectuales españolas, a veces intermediarias de la cultura francesa o inglesa, comprobamos cómo las elites letradas mexicanas “leen” el legado peninsular en clave novohispana, lo encajan en su entorno geográfico y social y lo interpretan de la manera más abierta y moderna posible.